

## EL OTRO, ¿SOY YO?

**Abadio Green Stocel\***

Magister en Etnoeducación, Universidad de los Andes  
Indígena Tule (San Blas, Panamá)  
Presidente Organización Indígena de Antioquia

En el ritual amazónico del YURUPARI, los hombres toman las fuerzas, el color, la piel, la capacidad de volar o vivir bajo la tierra, de lo que representa la máscara que utilizan. Aquí la máscara no es para ocultarse, sino para **ser el otro**, en este caso, los antepasados. Lo que hace que el ritual no sea una representación sino una transformación, lo que permite que un hombre se haga realmente anaconda, o águila no reside en la perfección de la máscara, ni en seguir los pasos adecuados; aunque eso sea muy importante, lo que permite esta transformación, ser el otro, está en el corazón. Si no es desde y con el corazón, la máscara no transformaría al hombre en el "abuelo anaconda" sino que sería un mero disfraz y haría de un hombre un comediante.

Toda la lucha de los pueblos indígenas en este país, concretamente de los últimos acontecimientos de los Uwas, es por su derecho a vivir, amenazado por la explotación petrolera, de la compañía Occidental Petroleum, es la lucha de los pueblos indígenas de Colombia, es la lucha de los pueblos indígenas del mundo, es la lucha de los pueblos del mundo.

Para poder ser anaconda o águila, hay que preparar el corazón mucho tiempo. (...) Para hacer que todos los pueblos indígenas de Colombia o de todos los pueblos del mundo, los viejos nos han dicho que no basta la máscara de las palabras, que debemos preparar las manos, el cuerpo, los ojos, la boca, los oídos... pero que para ver al otro no bastan tampoco los ojos, y que incluso después de tener el cuerpo y el corazón preparados, debemos seguir cuidando que la mezquindad no nos engañe, que la vanidad no nos ciegue, porque entonces, los abuelos-anaconda o los abuelos-águila no habitarán en nosotros y las máscaras serán apenas unos malos disfraces. Ir al otro y volver del otro, no es un problema intelectual, es un problema del corazón, claro que uno puede estudiar al otro, es más, es su deber hacerlo, pero comprenderlo es algo distinto; **conocer la vida de los pueblos, hacer la pregunta necesaria que conduzca al saber, no sale del conocimiento de los científicos sino del corazón del hermano o de la hermana.** Sólo así es posible que las personas puedan salir de su mundo y entrar en los otros mundos; de lo contrario, es posible que vayan y regresen, pero sin comprender, pisando las hierbas que dan vida, porque imaginan que son malezas, profanando la tierra porque la ven como negocio, violando el agua con su indiferencia, se podrá ir a muchos

---

\* Tomado de Green Stocel. A. (1998). *El otro, ¿soy yo? Su Defensor. Periódico de la Defensoría del Pueblo para la Divulgación de los Derechos Humanos.* Año 5 No. 49. Diciembre. Págs. 4-7. Se anexaron ejemplos presentados por el mismo autor en el Foro sobre Metodologías de Investigación en Comunidades Indígenas y Afrocolombianas. Medellín, IDEA: Mayo 2000.

mundos, pero si no se tiene el corazón preparado, no veremos nada. Triste forma de conocer... Pero ésta es una forma de ir y venir, la de uno que se vuelve todos. De alguna manera la reflexión difícil es la contraria. La del mundo que se hace persona, la de todos que se hacen uno. Para que el corazón de cada hombre le permita volar, es necesario que todos los hombres se hagan uno. El ritual de *Yuriparí* sólo se puede hacer si hay comunidad, sin comunidad, el ritual es vacío. Sin la organización indígena no es posible que uno sea parte de todos los pueblos indígenas; sin comunidad universal, no es posible sostener el mundo.

Nuestras leyes de origen, nuestro derecho mayor, asumen la responsabilidad con todos los pueblos del mundo, **es un derecho de nosotros, para nosotros y para todos**. No son unas leyes subterráneas... sino del centro de la tierra, lo que es muy diferente, no son leyes para la cocina... sino que nacen del fogón, que también es muy diferente; no son leyes chiquitas... sino que atienden a los animales y a las hierbas indefensas y eso es diferente. Son leyes para la vida y para después de la vida, porque también hay deberes y derechos de los muertos y con los muertos. **El estado afirma que nuestro país es pluriétnico y multicultural y también nosotros, pero creemos que a pesar de eso, no hablamos de lo mismo, porque no se habla con el corazón**: No hablamos de lo mismo cuando se intenta sujetar los regímenes jurídicos indígenas a un pensamiento occidental, tratando de aplicar criterios como la universalidad de los derechos humanos del individuo, mientras nosotros hablamos de la ley de la madre tierra y los derechos colectivos. No hablamos de lo mismo, cuando se insiste en el debido proceso a la usanza blanca, cuando se exigen pruebas empíricas para demostrar que un jaibaná está haciendo daño, o que un conjuro está operando o que alguien hizo mal de ojo, al tiempo que nuestros mayores han soñado, o adivinado quien es el responsable. Nuestra ley tiene su tiempo y su espacio y no es el tiempo del estado sino el de los sueños de los taitas y los mamos, o el de las estrellas. (...) Nuestras leyes de origen, nuestro derecho mayor, no tienen obsesión con los criminales y los delincuentes —entre otras cosas porque sí los hay, llegaron con la propiedad y con el lucro—; antes que eso, nacieron para decirnos que cuando siembras yuca debes sembrar dos, porque si una no nace, la otra vivirá. Para saber, como los Emberá Chamí, que se debe sembrar suficiente maíz para la gente... pero también para las ardillas y los micos; para decirnos que hay que pagar a la madre tierra el árbol que se corta, para decirnos que el principio de la existencia se comprende al final de la vida; para decirnos que debemos ayunar en los meses que suben los peces a desovar, para exigirnos que mantengamos vivas las fuentes de agua, para decirnos que todo está sostenido, que el *rwiria* (petróleo en lengua Uhua) y las piedras están trabajando, que los hijos de mi hermano son mis hijos y padre el hermano de mi padre. Nuestras leyes de origen, nuestro derecho mayor, van más allá del lucro y la muerte.

Junto a un reconocimiento formal de los derechos, viene el retroceso real de nuestra autonomía y la negación a que ejerzamos el derecho a decidir qué pasa en nuestros territorios. Y si no es así, ¿para qué la jurisdicción interna? ¿Una jurisdicción para decidir sobre el robo de gallinas,

pero que no puede decidir sobre una carretera o un canal que nos parte el cuerpo y nos llena de enfermedades como la prostitución y la miseria? ¿Una jurisdicción para controlar a los indígenas que pescan con barbazco o tumban árboles, pero que no puede hacer nada cuando Urrá impide que nazcan peces, o cuando Madarién arrasa un bosque? Pero no es solamente con el estado colombiano con el que tenemos este debate, para que se nos mire integralmente, el Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, las fuerzas insurgentes, el Banco Interamericano de Desarrollo, nos ven por pedacitos y escogen sólo una parte, la que les interesa, como poblaciones con problemas, pero sin el derecho a la auto-representación; como base social para las acciones políticas, pero sin derecho a control territorial; como posibles interlocutores de las políticas regionales, pero sin participación en la definición de directrices globales; o mercaderes de respeto a nuestras tradiciones culturales, pero sin derecho a tener intereses económicos. Lo que queremos decir es que **no basta reconocer al otro en aquella dimensión que nos interesa o parece correcto o urgente o parecido, en tal caso, nos estaríamos viendo y proyectando a nosotros mismos en el otro, pero no viendo el otro como alguien diferente.** Es cierto que requerimos resolver muchas necesidades de bienestar, muchas limitaciones sectoriales, pero nuestra demanda principal es **que no nos reconozcan como unidades políticas, como pueblos,** si no se nos ve como pueblos, (si) se nos descuartiza. **Queremos reconstruir el gobierno propio, la justicia propia, el territorio y la autonomía. Es indudable que esta pretensión altera el orden mundial y altera el orden interno, incluso el orden de los propios pueblos indígenas, que nos hemos acostumbrado a cierto paternalismo. Ya otros amigos han dicho que la duda está en si cambiamos el mundo o si lo hacemos de nuevo; cambiarlo o hacerlo de nuevo, eso está por decidirse; implica asumir al otro en su integralidad política, pero también asumirnos nosotros como hacedores de la historia, hacedores de la política, hacedores de nosotros mismos; hacer la historia, rehacer la memoria, significa rehacer una relación con nuestra Madre Tierra, que hemos perdido.** No se trata de hacer un cuestionamiento al concepto de desarrollo y a sus miles de interpretaciones; más que debatir sobre el desarrollo, nos hemos tenido que defender de él. (...). Ellos, nuestros Dioses y nuestros antepasados, han querido que el tiempo y la historia se burlen del conquistador. Los invasores nos arrinconaron en las laderas y en los peladeros donde apenas se pueden cultivar los alimentos de pancoger; dejaron para ellos los valles y las llanuras productivas. Pero la locura del dinero ha vuelto las cosas al revés, ahora producir los alimentos no enriquece a nadie y ahí están los campesinos para demostrar que su estado en esta sociedad es la pobreza. Ahora la riqueza está en los territorios áridos, en las sabanas que van camino a convertirse en desiertos, en la selva que se tumba; ahora la riqueza para el hombre occidental, para el hombre mestizo, está en estas tierras que hace unos años no les importaban para nada. Ahora en nuestro aire no ven el vuelo de las tijeretas, en nuestras montañas no ven lapas ni armadillos, y bajo nuestra tierra no ven los gusanos que abonan ni ven la vida. Ahora ellos ven dinero:

petróleo, carbón, oro, uranio, dinero. Dinero que no sirve para comer ni para ser felices, dinero para que haya más pobreza como la que viven nuestros compañeros Sikuanis de Saravena. De la noche a la mañana los indios, llenos de pobreza nos convertimos en indios llenos de "riqueza". Riqueza para ellos, porque para los pueblos indígenas la explotación del petróleo es la muerte. Pero no es sólo el pensamiento del indio, todos los estudios del sabio blanco dicen lo mismo sobre el calentamiento de la tierra, todos los hombres y mujeres honrados entienden que el camino a seguir, abriendo heridas a la Madre Tierra, es un camino mortal. Los riowa, (hombre blanco), que acumulan dinero, no quieren esta justicia del tiempo y de nuestros dioses, y quieren sacarnos de los últimos pedazos de territorio que nos quedan. En todos esos territorios, las compañías petroleras aliadas con el gobierno, se han convertido desde principios de siglo en los pueblos colonizadores, llegaron eliminándonos y ahora, al igual que hace varios siglos, a cambio de nuestro territorio y nuestras vidas, nos ofrecen baratijas.(...)

Puede ser reiterativa esta forma de relatar nuestra relación con el desarrollo, que nos parece más útil que discutir teóricamente lo que significa, sobre todo ilustra que si los pueblos indígenas pretenden preservar sobre la tierra, deben conquistar de nuevo una relación de equilibrio con la madre naturaleza; esto no se hace por pedazos de tierra, porque se trata es de la madre, o contando sólo con la ceremonia de nuestros viejos, porque se necesita también que el hombre blanco entienda. La única forma de que podamos reconstruir el equilibrio perdido, es si **reconstruimos nuestro territorio como unidad de pensamiento y del hacer cotidiano**; la lucha por el territorio atraviesa hoy nuestra vida como pueblos indígenas. (...). Necesitamos para vivir, conocer e indicar el horizonte, lo que ocurre en nuestro territorio, saber de los nacimientos y de los ocasos, de las personas y de los pájaros, impedir que abran el corazón de la Madre, proteger los lugares sagrados de la profanación del dinero, habitarlo todo con el cuerpo pero sobre todo con el pensamiento, enseñar al que pase que cada hierba y cada piedra sostiene un sueño o una cordillera... Cuando decimos territorio, decimos que nacimos de la madre y damos vida a la madre. Queremos también imaginar y hacer nuestra cultura, pero eso no es sencillo.

Cuando Europa tropezó con nosotros, no era simplemente el otro, pues venía armado de negación y de fuego, casi todos debimos convertirnos en guerreros, los niños se hicieron guerreros, las mujeres se hicieron guerreras, los saklas (Sabios Tules) se hicieron guerreros. **¿Cómo es posible pensar la cultura en su totalidad, si la vida se ha vuelto una constante lucha por sobrevivir en una guerra por el agua y la tierra? Todo el tiempo dedicado a evitar la muerte, fue tiempo que no pudimos utilizar para pensar la vida, pero mientras dejamos de pensarnos a nosotros mismos, otros lo hicieron...** Mientras nos dedicábamos a defendernos, se fueron haciendo unas enormes lagunas en el conocimiento, en la autovaloración, en la dignidad y en la confianza en nuestro propio saber. Para volver a llenar las lagunas de la memoria y el saber, con los ríos que nacen de nuestro propio cuerpo, es necesario rehacer la geografía de nuestros cuerpos, juntarnos sin la presión del desarrollo, sin

la angustia del tiempo electoral, sin la obligación de decidir dónde invertir un dinero que no sabemos qué es ni cómo nació, pero lo más difícil es juntarnos a pensar en nosotros mismos, cuando muchos de los nuestros, tienen la vista puesta sobre el afuera. El prestigio de Occidente es muy grande, porque es poderoso, porque tiene los hornos más grandes, hace ruido más intenso y tiene el libro de Records Guinness.

Algunos historiadores hablan del proyecto de nación cuando se refieren a la comunidad imaginaria que los pueblos occidentales han construido y construyen permanentemente. Nosotros hablamos de "planes y proyectos de vida" para hablar de lo que queremos ser a partir de lo que fuimos y somos. El plan de vida es un reencuentro de las comunidades con su camino. Significa retomar las palabras que dejamos de decir, volver a llamarnos por los nombres que nos dejaron los abuelos, sembrar el territorio otra vez con los espíritus, creer en nuestra mirada y en nuestro saber, pensar con cabeza propia. Hemos dejado de tener relaciones directas con nuestros antepasados; restablecer esa comunicación es la tarea fundamental, nuestra meta. Si nuestra resistencia centenaria, no sirve para volver a tocar las estrellas con las manos, ¿para qué la preocupación de todos los llantos y los muertos? No se trata de una metáfora, se trata de un deber nuestro, y para poder hacerlo, debemos ponernos la máscara primigenia, la máscara de hijos del sol, de la anaconda, del águila y sobre todo, se necesita preparar el corazón. No somos ingenuos respecto a nuestro futuro, tal vez les parezca exagerado pero nuestro reto, tal vez nuestro objetivo, es entregar a la vida dentro de algunas décadas la misma cantidad de pueblos indígenas existentes en la actualidad. Por un instante piensen ustedes, hermanos y hermanas, en la angustia de 84 pueblos indígenas en Colombia que tienen como tema principal de su vida la posibilidad de extinción física y cultural. No disminuye esa angustia porque lleguen carreteras, o porque tengamos más profesionales, o porque nos inunde el dinero del petróleo o la coca o porque asistimos a un número infinito de talleres sobre biodiversidad o porque nos atienden en una oficina del gobierno. **Todo esto, lo que hemos enumerado, del sentir, del apego a la Madre Naturaleza, es donde nosotros rebotamos a los investigadores, que sin ese apego al corazón, no es posible, es un fracaso cualquier método de investigación que usted utilice. Porque las investigaciones de las grandes universidades, no parten de la necesidad de las comunidades, parten de la necesidad académica, de los intereses del investigador.**

Miren cuánto duran las investigaciones, tres meses, seis meses, un año, porque la academia te dice: en un año tienes que entregar la investigación, y los alumnos ¿qué hacen? Empezar a recorrer, a recorrer, leer y leer... muchas veces van dos veces a la comunidad y la mayor parte lo han leído en la biblioteca. **La investigación, es cambiar el corazón, la metodología. Para indagar ¿quién soy yo? ¿De dónde yo vengo? ¿Dónde estoy? ¿A dónde quiero ir?** Estas son las preguntas que hay que hacer. Usted nunca pregunta cuando investiga ¿y éstos de dónde vienen? ¿Qué tienen? ¿Qué están haciendo?

Entonces, a nivel general, lo que decimos nosotros es, que es al otro al que hay que reconocerle los valores y ese es un factor fundamental para cualquier investigación. Entonces todo lo que pasa es porque no hay esa educación del reconocimiento al otro, no hemos entendido qué significa vivir en la pluralidad, en la multietnicidad de un país que es Colombia,

Creemos que la certeza de existir como pueblos, dentro de unas décadas, depende de la alianza que podamos hacer con aquellos que nos comprendan con el corazón, con los investigadores, con ustedes. Depende de la fuerza que logremos construir para actuar y ser reconocidos como sujetos políticos, como pueblos. Depende de la comprensión y la tarea que tengamos y emprendamos —nosotros y nuestros amigos, ustedes—, para restituirle a la madre naturaleza el equilibrio que le hemos quitado y que sólo se logra si defendemos nuestra territorialidad, **porque defender la territorialidad, defender el ecosistema de un pueblo indígena no es problema de los pueblos indígenas, sino es problema de Colombia, es problema de todos.** Porque muy pronto este planeta luchará por el agua, no por el petróleo y esa agua ¿dónde está? En los territorios indígenas. Yo en el camino venía diciéndoles, yo vivo en Necoclí, Turbo, mi comunidad, que anteriormente nos habían dicho salvajes: “esos indios por qué no trabajan la tierra, son perezosos y les gusta es proteger a la mujer ahí en... cerca del fogón”, nos han dicho. Pero estos colonos que nos han dicho eso, hoy de rodillas han venido a la comunidad para que les demos una gota de agua, si hubiéramos acabado con la naturaleza, si hubiéramos obedecido como ellos querían hacerlo, acabar y sembrar el pasto para la ganadería, hoy no tendríamos agua. Hoy Caimán da agua a las veredas de Seibita y Totumo y donde yo vivo le doy agua a una población campesina, porque ellos como acabaron con todo eso, pero descubrieron que en mi territorio de 35 hectáreas, solamente en esa parte nacen cuatro quebradas en 230 metros a la orilla del mar; yo no soy egoísta, porque es de la naturaleza, y se benefician de eso, es lo que nosotros decimos, es que defender nuestra territorialidad, nuestra vida no es un problema indígena, es problema de Colombia, es problema de todos.

Podemos vivir, podemos seguir sosteniendo el equilibrio del mundo, si rehacemos nuestros planes de vida, si tocamos con las manos a nuestros abuelos estrellas, a nuestros abuelos y abuelas los planetas, si preparamos el corazón. **Necesitamos tiempo para preparar el corazón**, de aquí viene nuestra solicitud que nos sale de la memoria, que nos sale del alma, que nos sale del corazón. **¿Podemos inventar con ustedes ese tiempo?**